
Luis Ortiz Sandoval

Pobreza, ideología

y construcción social

Pobreza, ideología y construcción social

Luis Ortiz Sandoval*

“Sí, todos iguales, pero hay siempre alguno más igual”
Gen Rosso

Sabemos que en nuestra sociedad, las relaciones sociales están signadas por la contradicción capital-trabajo y, en base a esta premisa, han adquirido un carácter mercantil, cada vez más predominante. La mercantiliza-



ción capitalista del espacio social se ha extendido prácticamente sobre él. El hecho más tangible es la construcción social de un mundo, en el que la abstracción del mismo conlleva a la anulación de la existencia física.

Anticipación

La pobreza, por definición, es una categoría ambigua. Ella, como *hecho social* y como *discurso* que enuncia una delimitación específica de la realidad, tiene la característica de aparecer como una multiplicidad de fenómenos y, al mismo tiempo, ser unívocamente una negación. Niega el problema al ocultar su lógica social: *se produce como contradicción en las estructuras sociales y se hace neutral en las estructuras mentales*. Al respecto, el cometido de este ensayo es convocar al *status quo* conceptual, que refuerza dicha neutralidad en sus distintas apariencias de realidad, muchas de ellas incluso como no problemáticas, neutrales en su proceso de construcción y en la pragmática de su reproducción.

La pobreza, como se la concibe por sentido común, es un “estado” en el que se encuentran contingentes de individuos pasando penurias materiales e insatisfechos en sus necesidades consideradas básicas. Concebida así, se ha vuelto un discurso cristalizado sobre la sociedad, que construye la realidad y que se refuerza por la realidad misma. Construye la realidad, pues se inserta en las prácticas sociales como exclusión de los individuos, según reúnan o no las características del “estado” en cuestión, circunstancia que sin requerir de la fuerza física para mantener a los pobres donde están, los violenta simbólicamente mediante las prácticas de disgregación y de distinción ligadas a una ideología dominante, que traduce en naturaleza lo que no es sino efecto de la sociedad (“creemos que el mundo es así”). Pero también se refuerza por la realidad misma, ya que halla en ésta sus “fuentes empíricas” del proceso social, circunstancia que asegura la *verificación* del discurso (“la realidad habla por sí sola”).

* Sociólogo e investigador social. Miembro de la Escuela de Asunción de Teoría Social.

En sociedades capitalistas, la pobreza —así como otras contradicciones sociales— es comúnmente considerada como un efecto “natural” de la estructura social, velando la dialéctica de sus determinantes y sus implicaciones históricas. Sabemos que en nuestra sociedad, las relaciones sociales están signadas por la contradicción capital-trabajo y, en base a esta premisa, han adquirido un carácter mercantil que se ha hecho cada vez más predominante. La mercantilización capitalista del espacio social se ha extendido prácticamente sobre él. El hecho más tangible es la construcción social de un mundo, en el que la abstracción del mismo conlleva a la anulación de la existencia física. Una posibilidad con pocas probabilidades de éxito, cuando la reproducción social pasa por la reproducción del capital. La pobreza, así, es la forma que cobra la exclusión social en tanto es orgánica con la estructura social capitalista. Este fenómeno se produce en la esfera económica y cobra legitimidad en la esfera política, abstraída del conflicto en el espacio social donde adquiere plausibilidad en la conciencia de los sujetos. *Es por ello que la pobreza es una relación social.*

Génesis histórica de las “condiciones de vida”

La pobreza es una categoría histórica. Con la modernidad, la pobreza ha venido a constituirse en un hecho histórico-social, estrechamente vinculado al desarrollo del capitalismo. No es que anteriormente no existieran hechos asociados a lo que hoy entendemos como pobreza, y que ellos no hayan sido críticos, sino que la conciencia de ella no tenía el carácter universal que el capitalismo ha desenvuelto. Con la revolución industrial, el fenómeno fundamental que se produce en las relaciones sociales es su mercantilización, configurando los espacios sociales —y físicos— en polaridades sociales, resultantes del conflicto social que el proceso trajo consigo. La universalización de las relaciones de producción propiamente capitalistas llevó, además de la creación de objetos para la satisfacción de necesidades subjetivas, a la creación de sujetos para los objetos-mercancía que se producirían, hecho crucial que transformaría las

condiciones objetivas de autoproducción de la vida y las condiciones subjetivas de construcción de nuevas necesidades. La irrupción de la relación capital-trabajo desplazó a las grandes masas de sujetos individuales a su pérdida de autonomía en la producción de la vida, en la apropiación del producto de su trabajo y, por tanto, del control de sus necesidades. Con el capitalismo, la referida relación se cristaliza en el mercado como la mediación predominante para la adquisición de los medios de vida así como de la correspondencia entre necesidad y posibilidad objetiva de satisfacerla.

La consideración conceptual de las “condiciones de vida” surge a partir del siglo diecinueve, con la revolución industrial. En dicho período, en que se opera el proceso de universalización del capitalismo, las condiciones de vida como objeto de preocupación aparecen a raíz de la organicidad que van cobrando las relaciones mercantiles, en el conjunto de las prácticas humanas. La expansión del trabajo industrial se corresponde a partir de inicios de 1800 con la transformación de los patrones de consumo, de la reconfiguración de las necesidades sociales básicas como efecto de la manufactura y una transformación de los universos simbólicos, que rompían paulatinamente con las tradiciones precapitalistas.

Al respecto, Eric Hobsbawm realiza una excelente exposición del cambio de mirada de un problema como ser el *nivel de vida*,

“(…) No hay ninguna razón *a priori* para que el nivel de vida haya tenido que elevarse durante la primera época del industrialismo. Es casi seguro que se produjo una elevación inicial, por causas demográficas, pero la misma debió ser muy leve en realidad y no se mantuvo necesariamente, una vez establecido el nuevo ritmo de aumento de población. Cabe recordar que el descenso de la mortalidad —probablemente el factor básico del brusco aumento de la población— no se debió necesariamente a un *aumento* del consumo anual per cápita, sino a una *mayor regularidad* del abastecimiento: es decir, a la abolición de las escaseces y

hambrunas periódicas, que constituían el flagelo de las economías preindustriales y que diezaban a sus poblaciones. Probablemente, el ciudadano de la época industrial haya estado peor alimentado en un año normal que su predecesor, pero en cambio lo estaba de una manera más regular”¹.

La ruptura con una correspondencia precapitalista entre trabajo y producto del trabajo, entre la actividad productiva y la conciencia, cobró la forma de una contradicción: la reproducción de las condiciones de producción capitalista (reproducción del capital) es el efecto de la explotación y el ensanchamiento ilimitado de las necesidades irreales, en aras de la obtención de un nuevo modo de vida en que las formas burguesas devienen en *modelo de humanidad*. Esta contradicción solo permite una solución capitalista. Si las clases dominantes, en tanto sujetos de la explotación de la *fuerza de trabajo*, objeto de explotación, se develaran como dominantes no habría una reciprocidad entre las estructuras sociales dominantes y la dominación en sí. El discurso de la pobreza emerge entonces como un “estatus”, a modo de representación popular asociada a la imposibilidad de acceso al consumo desenfrenado de mercancías, con el aliciente ideológico de la *posibilidad ideal* de lograrlo. Según Eduardo Gruner, este fenómeno desplaza la contradicción referida a un plano “natural”, ocultando el proceso histórico en que se constituye. Ciertamente, esto no se logra como un truco del lenguaje o una persuasión ideológica abstracta, sino que se basa en la práctica social.

“Eso es precisamente lo que siempre han hecho las religiones, o mejor dicho las racionalizaciones eclesiásticas que representan el poder institucional de las Iglesias históricas: han sabido interpretar el “dolor” y las necesidades de consuelo *auténticas* de sus fieles. En un plano más “prosaico”, es lo que hacen en el capitalismo moderno las encuestas de opinión

o las investigaciones de *marketing*: captar necesidades “reales” para transformarlas en motivaciones de consumo, etcétera. Por supuesto, allí se termina su “momento de verdad”, que es reciclado para *otros* fines que los que estaban inconscientemente implícitos en las demandas populares”².

Los hábitos de consumo capitalistas se erigen como los patrones universales, a través de políticas de anticipo, como ocurrió en las comunidades guaraníes del Paraguay, a mediados del siglo pasado. Éstas, crearon las necesidades de consumo en los sujetos contra la hipoteca de los medios de pago futuros. Las poblaciones pobres, así como ocurrió en el Paraguay en tiempos de la expansión de las fronteras agrícolas, se inscribió desigualmente en las estructuras sociales incorporando reglas de juego –del mercado– en sus representaciones simbólicas, participando empero, marginalmente de él.

El *modo burgués de vida* erigido como el “modo universal de vida” es un proceso que representa un papel crucial en la delimitación conceptual de *lo pobre*, ya que formaliza la adecuación de la conciencia a las relaciones objetivas de producción y consumo, desplazando la posibilidad de apropiación del producto social por sus productores: en la magnitud en que esta apropiación es vedada, la *illusion bourgeois* hace las veces de aquello que en la práctica no es asequible. La relación genética de la pobreza se basa entonces en una conformidad a la relación de explotación sustentada en la excesiva oferta de fuerza de trabajo, considerándose el valor de los medios de vida de los pobres como *insuficientes*.

El problema de las definiciones pobres

La definición tecnocrática de pobreza adolece fundamentalmente de dos graves limitaciones, de carácter epistemológico. La primera es su es-

1 Hobsbawm, Eric; Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Editorial Crítica, Barcelona, 1979, Pág. 85.

2 Gruner, Eduardo; Marxismo, cultura y poder, Clase XVI, Curso de teoría marxista, CLACSO, Buenos Aires, 2003.

tatuto. Circula y está en boga una concepción de las contradicciones capitalistas, que relega la pobreza a una cuestión de *estatus*, una consideración estática del problema que obvia las relaciones sociales y los conflictos. La segunda limitación es la colonización cuantitativa en su delimitación. Este problema está también unido a una formación social, en que el credo supremo de la maximización de la ganancia, requiere la cuantificación de la *masa de ganancia*. Se transpone a los desdichados derrotados del sistema social (los pobres) los mismos criterios de esa cuantificación, pero a la inversa. Y, antes que conocer los modos en que opera el conflicto social –que toma la forma eufemística de competencia–, se representa la magnitud en que pierden los que no pueden competir. Así, medir es la consigna. La pobreza llega hasta donde llegan los números y todo lo que no sea mensurable, cuantificable, no tiene dignidad conceptual. En esto consiste el carácter oscuro de la teoría (económica).

En un trabajo realizado por Juan Carlos Feres y Xavier Mancero se exponen los principales criterios actuales de medición de la pobreza en los estudios económicos y programas de asistencia de los organismos multilaterales. Estos autores dicen que,

“el método de los indicadores sociales, cuya modalidad más difundida en América Latina se conoce como el de las ‘necesidades básicas insatisfechas’, está basado primordialmente en una concepción de la pobreza como ‘necesidad’. En ese enfoque, no importa si los individuos poseen el ingreso para satisfacer sus necesidades básicas, sino que efectivamente éstas hayan sido cubiertas. El método de “líneas de pobreza a partir del costo de las necesidades básicas”, en tanto, se relaciona con la definición de “estándar de vida”. En él, se considera pobres a las per-

sonas cuyo ingreso o consumo no es suficiente para mantener un nivel de vida considerado mínimo. Por su parte, el método ‘relativo’ está ligado con la interpretación de pobreza como ‘insuficiencia de recursos’, ya que la satisfacción de necesidades específicas es irrelevante, y lo que importa es que los recursos disponibles permitan llevar una “forma de vida aceptable”, de acuerdo con los estándares sociales prevalecientes”³.

La *teoría económica de la pobreza*, partiendo de los presupuestos descritos, pone en su punto central la separación entre dos clases de sujetos: los *pobres* y los *no-pobres*. Al hacerlo, desvía la atención del conflicto social entre agentes enfrentados por relaciones de clase. Con ese artificio conceptual se logra, sin embargo, instaurar en las estructuras mentales la condición de pobreza como un *estatus* y oculta la dominación ejercida en la esfera de la producción donde operan procesos de explotación funcionalizada por el salario. Con este “constructo” posiciona entre los no pobres a un gran número de asalariados y *verifica* que la oposición no está dada entre clases identificadas por su posición en la estructura de producción⁴, sino dos “estamentos” diferenciados por su posición en la estructura de consumo. En este contexto, la medición está dada por la cuantificación de satisfactores considerados estándares y, a partir de la cual, la satisfacción del consumo mínimo sitúa a quiénes están por encima o por debajo del umbral de pobreza.

La perspectiva del *estándar de vida* obvia que los satisfactores del nivel mínimo se realizan en una relación social. Bien sabemos que el capital requiere del supuesto básico de que una clase con medios de producción y otra clase con la propiedad de su fuerza de trabajo entren en un contrato formal para hacer posible el capital, es decir, una relación social que, como lo explicó

3 Feres, Juan Carlos y Mancero, Xavier; Enfoques para la medición de la Pobreza. Breve revisión de la literatura, CEPAL, Santiago, 2000, pág. 4.

4 Al respecto, no nos referimos solamente a la estructura de producción económica sino también de producción cultural. Las prácticas culturales, en efecto, reconfiguran las relaciones sociales de modo a generar fronteras porosas entre lo que clásicamente ha sido el denominador de las clases sociales, a saber, las relaciones sociales de producción.

Marx, parte del supuesto de la apropiación privada de la fuerza de trabajo y su reproducción, a través de la parte de la jornada de trabajo dedicada a la producción de los medios de vida (trabajo necesario).

Si hay pobreza, es porque más allá de la insatisfacción de las necesidades sociales básicas continúan los sujetos pobres reproduciendo su existencia. Esta premisa nos conduce a la tentativa de replantear una nueva forma de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la clase desposeída (los desclasados), que no emerge solamente del tiempo socialmente necesario para la reproducción de individuos concretos, sino del tiempo socialmente necesario para la reproducción de la clase: *la media del ingreso de la población pobre por debajo de sus mínimos estándares burgueses es el valor de la reproducción social de la pobreza.*

La perspectiva tecnocrática dominante plantea una medición que pone en su punto central la *línea de pobreza*. Calcula la incidencia de la pobreza como una proporción de la población pobre sobre la población total. La severidad (o brecha) de la pobreza es la distancia de cada individuo pobre, con respecto a la línea. Finalmente, la profundidad de pobreza potencia la brecha de pobreza para delimitar los casos más extremos de insatisfacciones en los requerimientos mínimos. Este conjunto de formulaciones, reunidas en los conocidos indicadores FGT se expresan del siguiente modo:

$$P_{\alpha} = \frac{1}{N} \sum_{n=1}^q \left(\frac{z - Y_i}{z} \right)^{\alpha}$$

Donde,

q = el pobre con mayor consumo o ingreso

z = línea de pobreza

Y_i = consumo *per cápita* del hogar

N = tamaño de la población

Una crítica a esta perspectiva pone en su punto central una expresión de los ingresos medios por debajo de esa línea, o por decirlo con el tecnicismo corriente, por debajo del *estándar míni-*

mo. Podríamos expresar este enunciado en la siguiente expresión:

$$\bar{Y}_p = \sum_{n=1}^p Y_p / p$$

Donde,

\bar{Y}_p = ingreso medio de la población por debajo del *estándar mínimo*.

Y_p = ingreso insatisfactorio de cada individuo

p = número total de individuos por debajo del *estándar mínimo*.

La brecha de pobreza fundamental que genera el sistema social no es la distancia entre el ingreso de cada pobre y la línea de pobreza a lo "Poverty Gap" sino que es la diferencia entre el salario mínimo ($W_{min.}$) *políticamente adecuado* y el promedio de ingreso de los pobres. Nosotros la denominamos brecha social y se la podría expresar de la siguiente manera:

$$Bs = W_{min.} - \bar{Y}_p$$

Si observamos en Paraguay, a nivel de país, la línea de pobreza total por individuo (ver cuadro más abajo) es apenas un tercio del salario mínimo para el año 2002, valuado en Gs. 876.048 (ochocientos setenta y seis mil cuarenta y ocho guaraníes), razón por la cual, la premisa de considerar la línea de pobreza como el umbral de satisfacción de necesidades básicas es falsa. Pasamos así a otro punto de vista, distinto al del umbral crítico, para ponderar la *brecha social* como el indicador socialmente más aceptable, denotando lo que nosotros denominamos la *incidencia de exclusión* del siguiente modo:

$$E = \frac{1}{N} \sum_{n=1}^s e$$

Donde,

E = incidencia de exclusión social.

c = individuo posicionado en la brecha social

s = individuo con ingresos de menor brecha social.

El salario mínimo en Paraguay debería ser el ingreso de *cada individuo* (no del hogar) en edad de trabajar, en tanto forme parte de la Población Económicamente Activa (PEA), condición objetiva de satisfacción de sus necesidades elemen-

tales, así como condición objetiva de participación en la esfera pública. Pero cada individuo no tendrá dicho *ingreso mínimo*, en tanto no haya fuentes de empleo productivo que lo hagan posible.

Cuadro 1
Paraguay: Valor mensual de la Canasta Básica de Consumo.
(Guaraníes de diciembre de 2002)

Dominio Geográfico	Canasta Básica de Consumo por persona		Tamaño familiar (Número de miembros por hogar)	Canasta Básica de Consumo por hogar	
	Alimentaria (Línea de pobreza extrema)	Total (Línea de pobreza total)		Alimentaria (Línea de pobreza extrema)	Total (Línea de pobreza total)
Asunción	142.308	321.229	4,22	600.534	1.355.573
Central Urbano	140.717	317.998	4,61	648.024	1.464.431
Resto Urbano	106.802	197.895	4,25	454.409	841.981
Rural	73.501	118.483	4,97	365.203	588.705
País	103.733	203.406	4,62	479.036	939.328

Nota: Las líneas de pobreza del país y de una familia típica de cada dominio sólo son referenciales debido a que para las mediciones de la pobreza se utilizan líneas a nivel per cápita de cada dominio. Una Canasta Básica cubre los requerimientos nutricionales mínimos de la población de cada dominio.

Fuente: DGEEC, Encuesta Permanente de Hogares, 2002.

Con el supuesto de una sociedad en la cual las fuerzas productivas tienen un bajo desarrollo relativo, gran parte de la jornada de trabajo se dedica a la reproducción de los trabajadores, por ende la tasa de ganancia es relativamente baja. ¿Cómo incrementa el capital el valor de sus ganancias en estas condiciones? Ya que el capital requiere reproducirse, es decir el proceso de valorización continúa su marcha, el capital variable (que implica el valor de reproducción de la clase trabajadora) es el resultado de una redistribución del ingreso total de la población trabajadora entre los sectores formales e informales de la misma, cobrando esta distribución en su conjunto la forma de *salario insatisfactorio*, pero suficiente para la reproducción de la clase. Los pobres, de hecho, “participan” de esta reasignación en los empleos informales de servicio, a modo de *reciclaje* del salario social.

Estos determinantes son los que podríamos denominar como *políticamente condicionantes*, ya que hacen económicamente problemática al sujeto social su posibilidad de constituirse en sujeto político. Efectivamente, el principal pro-

blema para el capitalismo (atrasado) es hacer posible un sujeto social que le dispute el poder, o al menos que lo cuestione. En eso radica la reproducción de la brecha que, lejos de ser económica, es fundamentalmente política. En la magnitud en que la capacidad productiva de la sociedad se acrecienta y las clases trabajadoras se organizan políticamente, la brecha tendería a disminuir. Históricamente, *el bienestar social ha sido expresión de su demanda política*.

La pobreza actual, en especial en las sociedades subdesarrolladas es expresión de aquello que James O'Connor ha denominado la *segunda contradicción del capitalismo*. Según O'Connor “La primera contradicción del capitalismo golpea al capital del lado de la demanda, expresa una sobreproducción de capital. (...) La segunda contradicción golpea del lado de los costos, expresa la subproducción de capital. Dejando de lado las causas presentes y coyunturales de la segunda contradicción hoy, es claro que así como un déficit de mercados lleva (...) a negociaciones entre productividad, salarios y al consumo, de la misma manera un déficit de plusvalor y de be-

neficios reales lleva (...) a una ruptura de la negociación de salario por productividad y finalmente a un retroceso del consumo”⁵.

Pobreza económica o pauperización de la economía

Para la teoría económica, la pobreza es un hecho social como otros, que parte de los supuestos del *individualismo abstracto* y la *elección racional*. Así, más allá de su análisis de la construcción irrevocablemente social de las racionalidades económicas y de la estructura social de las posibilidades objetivas de elección, sostiene una fuerte carga ideológica de justificación de las prácticas burguesas y su concepción de mundo. Según la economía, las contradicciones sociales en el seno del capitalismo, tales como la desigualdad y la exclusión, no son hechos que deben ser superados sino problemas que requieren ser administrados. Y esta consideración la encontramos en sus teorías y teoremas, verdaderos anatemas de un saber que debería dar cuenta de la lógica de las prácticas sociales. Y no al revés, explicando las prácticas sociales por sus apariencias,

“Como lo atestiguan tantos modelos deductivos de los economistas, que son meras formalizaciones y formulaciones matemáticas de una intuición de sentido común, esta ruptura acaso nunca sea tan difícil como cuando lo que se trata de poner en entredicho está inscripto, como los principios de las prácticas económicas, en las rutinas más triviales de la experiencia corriente”⁶.

La teoría económica, con su discurso altamente ideologizado, desplaza el foco de atención acerca de las relaciones de poder que constituyen la pobreza, hacia una visión del fenómeno como meramente *económico*. Este proceso tiene como mediación fundamental el estado y la democra-

cia capitalista, actuando éstos como instancias de legitimación política de la dominación económica. En efecto, la circunscripción del fenómeno a una esfera diferenciada con su lógica propia (la economía), realiza el desplazamiento de los determinantes sociales profundos (la desigualdad social y la exclusión) que constituyen como relaciones sociales, su lógica constitutiva. Como refiriera Ellen Meiksins Wood,

“En la democracia capitalista, la separación entre el estatus civil y la posición de clase opera en ambas direcciones: la posición socioeconómica no determina el derecho a la ciudadanía y eso precisamente es lo que significa *democrático* en la democracia capitalista sino que, debido a que el poder del capitalista para apropiarse del trabajo excedente de los obreros no depende de un estatus jurídico o cívico privilegiado, la igualdad civil no afecta directamente ni modifica significativamente la desigualdad de clases; y justamente, esto limita a la democracia en el capitalismo. Las relaciones de clases entre el capital y la fuerza de trabajo pueden sobrevivir hasta con una igualdad jurídica y el sufragio universal. En ese sentido, la igualdad política en la democracia capitalista no sólo coexiste con la desigualdad económica, sino que la deja fundamentalmente intacta”⁷.

La eficacia del capitalismo reside en que una contradicción como totalidad de lo social, es resignificado como “económico” y desplazado a una esfera donde adquiere neutralidad tanto política como axiológica: es legítimamente indiscutible la naturaleza de la formación desigual de las relaciones sociales en la esfera económica, tras la asimetría que supone la relación capital-trabajo. Este núcleo genético de la desigualdad social, es compensado ideológicamente en la esfera jurídico-política como igualdad jurídica, o dicho de otro modo, la desigualdad con-

5 O’Connor, James; La segunda contradicción del capitalismo. Sus causas y consecuencias, en *El Cielo por Asalto*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 1991, Año I. Nº 2. Otoño. Págs. 119-135.

6 Bourdieu, Pierre; *Las estructuras sociales de la economía*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2000.

7 Meiksins Wood, Ellen; *Capitalismo y democracia*, Siglo XXI, 2000.

creta en la realidad fáctica deviene en la superestructura de esa realidad en igualdad abstracta.

Así, el sentido común pequeño burgués –en tanto práctica y concepción de mundo– que es elaborado como teoría científica, afirma que las luchas sociales y los movimientos de protesta, todas expresiones del conflicto social derivado de la relación capital-trabajo, no son racionales, pues de lo que se trata es de dedicar más empeño a la participación en el mercado, comportando a la larga necesarias recompensas⁸. Lo que se oculta con este presupuesto, es que esta participación está dada por una disposición y posiciones objetivas, verdaderos *habitus* económicos que no nacen sino en una estructura social correlativa. En la definición de la pobreza, como hemos visto, está justificada no sólo una jerarquía de castas de la sociedad capitalista, obviando el proceso histórico en que se construye la diferenciación social, sino a su vez, legitimando la imposición burguesa de sus acciones de dominación a modo de una “cultura”. Como dijera Gruner,

“El ejercicio de una cierta *lógica* del poder (que tampoco es abstracta, sino que está histórica y socialmente determinada, es diferente en cada época, en cada *modo de producción*, en cada formación social, etcétera), es la que le asigna su *lugar* específico a la producción cultural –y aún así, por supuesto, ese *lugar* es dinámico y cambiante, y además no existe nunca *un solo lugar* para la cultura, aunque el poder, que es fundamentalmente el poder de las clases dominantes, procura que haya siempre un *lugar* y una *lógica* asimismo *dominantes*–”⁹.

Podemos entender entonces de qué modo la tendenciosa teoría convierte a los agentes sociales en *agentes económicos* en abstracto, sosla-

yando el proceso histórico por el que la colonización cultural violenta convierte a diferentes espacios y manifestaciones culturales en espacios mercantilizados, progresivamente constituyentes del mercado capitalista¹⁰. Vemos con esto, que la pobreza no es expresión de la “incapacidad” de los individuos para participar de la religión del mercado, como pretenden los sacerdotes economistas expiando a la población de su “pecado original económico”, sino que su dinámica responde a una construcción social desigual en la incorporación de la lógica capitalista de producción, como lo develó Marx.

La pobreza económica que surge –según la teoría económica– en las diferencias de capacidades y el acceso a bienes satisfactorios en el campo “neutral” del mercado, obvia –tomando en cuenta una estructura social histórica y concreta–, que la relación inversa, entre el menor desarrollo productivo y mayor incidencia de pobreza se debe a la construcción desigual del mercado y su *posibilidad de acceso*, que más que responder a factores de orden individual –a lo rational choice o individualismo metodológico–, se topan con limitaciones de carácter objetivamente infranqueables, efecto de la desigualdad genética que produce el capitalismo. Allí, la extracción de excedente del producto social se efectúa a modo de plusvalía para reproducirse en el mercado como ganancia, tras el proceso de valorización; proceso que incrementa el valor del capital y que correlativamente profundiza la pauperización de la fuerza de trabajo. “(...) El secreto de la *plusvalía* (es decir, de la ‘ganancia’ o diferencia que obtiene el capitalista, y que permite el proceso de renovada acumulación que permitirá la reproducción del sistema, y por lo tanto, de las relaciones de dominación) no está, como pretende la economía ‘burguesa’, en la esfera del *mercado*, es decir, del *intercambio* y la *distribución*, sino en la esfera de la *producción*

8 Véase el editorial de ABC Color, de fecha 5 de marzo de 2004, que lleva por título “Crear aptitudes positivas para aspirar al progreso”. Su línea de argumentación, de la que se hace responsable el más despótico beneficiario de la tiranía del mercado paraguayo como Zucolillo, connota, bajo un discurso artificialmente racional, una posición simplista y tendenciosa del proceso social: la reivindicación de los derechos sociales y populares es anacrónica y criminal. Es también muy sugestivo el ensayo de interpretación acerca de la violencia simbólica contra las clases populares redactado por Aristides Ortiz. Véase Ortiz, Aristides; *Tiempos violentos. Ensayo de interpretación*, CEPAG, Asunción, 2004.

9 Gruner, Eduardo; Op. cit.

10 Este proceso es conocido como proceso de mercantilización de la cultura y es analizado por la denominada Teoría crítica de la sociedad.

(en esa 'otra escena' que queda fuera de la percepción inmediata, (...)); en el mercado es donde se *realiza* la plusvalía –bajo la forma de 'ganancia'–, pero en la producción es donde se *produce* la plusvalía, gracias al 'truco' (...) de considerar a la *fuerza de trabajo* como una mercancía 'igual' a las otras, sin tomar en cuenta la cuota adicional de valor que esa mercancía *singular* 'traslada' a todas las otras por el mero hecho de producirlas"¹¹.

Si reflexionamos sobre este hecho, veremos que la teoría de la pobreza se traduce en un *etnocentrismo de clase*, imponiendo una visión de mundo, contra las demás visiones posibles. El caso de los Mbya guaraní del sur paraguayo es un ejemplo. La expansión del capitalismo en las fronteras agrícolas paraguayas tuvo su bastión ideológico en la premisa de que los indígenas eran seres embrutecidos, sin capacidades económicas y que sus previsiones no iban más allá del corto plazo. Los nativos, finalmente, incorporan las prácticas mercantiles como proceso traumático en que resignifican su economía del honor y tradición. La mercantilización de sus relaciones sociales –que cunde el parentesco, la autoridad tradicional y su socialización comunitaria– transforma a un pueblo humilde en un pueblo pobre, mediante mecanismos que socavan las alianzas sociales y la reciprocidad, con el fin de insertarse en el mercado sin un *habitus* mercantil. En un trabajo exponía,

“La contrapartida del empleo de mano de obra aborigen, al inicio, fue su baja productividad, la que se debió a factores culturales: resistencia a la explotación, así como poco desarrollo de la lógica del trabajo asalariado, en que el cumplimiento de un horario y la dedicación continua a la labor es uno de sus fundamentos. Pautinamente, la productividad de la fuerza de trabajo indígena tuvo un progresi-

vo aumento, en la medida en que se realizaba una mayor interdependencia y compenetración en relaciones personales con agentes de la sociedad envolvente: las relaciones capitalistas de producción pasan a través del control de la productividad del trabajo Mbya, en un estricto control de producto-tiempo"¹².

El proceso de empobrecimiento en Paraguay se ha iniciado de hecho –y continúa aún hoy– con los pueblos indígenas. Al respecto, y en referencia a la historia de la colonización de los pueblos guaraníes, dice Bartomeu Meliá, que “empobrecer a alguien es quitarle sus bienes o apocarle la palabra; pero no se trata de una disyuntiva, sino de una conjunción: de hecho es imposible quitarle a alguien sus bienes, si al mismo tiempo no se lo achica y disminuye de palabras. Diría más; para empobrecer a alguien hay que quitarle bienes y palabras, poco importando si lo que se quita primero son los bienes o son las palabras. Al pobre se le deja, al mismo tiempo, sin que tenga derecho a abrir la boca, ni para comer, ni para decir algo. Al pobre se le ha dejado sin bienes, y a fuerza de achicarlo de palabra, también se lo ha dejado sin palabras"¹³.

Hoy día, las relaciones económicas en una sociedad atrasada como la paraguaya, en que menos de un quinto de la economía se dedica al sector industrial y del que a su vez la mayor proporción no está destinada a la transformación productiva, se encuentra en las mismas condiciones de emular el sacrificio de los troyanos en defensa de una patria ya de antemano desfavorecida por los dioses. En virtud de la estructura productiva atrasada, y de la gran concentración del mayor de los medios de producción de una sociedad semifeudal –la tierra–, el capitalismo construye la más infame de sus contradicciones: la pauperización de una estructura social pobre. Dicho de otro modo, *las precarias condiciones*

11 Gruner, Eduardo; Op. cit.

12 Ortiz Sandoval, Luis; Contribución a una genealogía de la reproducción social. Acerca de la socialización de los Mbya guaraní, Memoria de licenciatura, Universidad Católica “Ntra. Sra. de la Asunción”, Asunción, 2003.

13 Meliá, Bartomeu; Poriahu: Pobres y empobrecidos en el Paraguay. Una visión antropológico-cultural, en Memorias del seminario “La pobreza en Paraguay. Causas y solución”, Asunción, marzo-abril, 2004.

*productivas para el desarrollo económico-social se vuelven las mejores condiciones de producción de la pobreza*¹⁴.

La construcción estatal de la pobreza burguesa

El proceso de producción de pobreza en nuestras sociedades, como corolario de las desigualdades inherentes al capitalismo, se justifica con tal fuerza en las estructuras mentales de los sujetos que responde a una correlación de fuerzas que recrea el mundo burgués. La experiencia de los individuos pobres disocia sus particularidades culturales, étnicas, sexuales y otras, de su condición de trabajadores genéricos y como tales de su condición de sujetos sociales candidatas a la ciudadanía política, en un proceso que dialécticamente los homogeneiza como objetos de asistencia estatal y de beneficencia. Como dijera Meiksins Wood,

“Cuando la ‘multitud trabajadora’ ingresó finalmente a la comunidad de ciudadanos fue como agregado de esos individuos aislados, sin propiedad y abstraídos de las solidaridades comunales. Desde luego, la disolución de las identidades prescriptivas tradicionales y de las desigualdades jurídicas representó un avance para esos individuos, ahora ‘libres e iguales’, y la adquisición de la ciudadanía les confirió nuevos poderes, derechos y facultades. Pero no podemos calcular sus ganancias y pérdidas sin recordar que el supuesto histórico de su ciudadanía era la *devaluación* de la esfera política, la nueva relación entre lo ‘económico’ y lo ‘político’ que había reducido la importancia de la ciudadanía y transferido algunos de sus poderes, antes exclusivos, al dominio puramente económico de la propiedad privada y el mercado, donde

la mera ventaja económica ocupa el lugar del privilegio jurídico y el monopolio político. La devaluación de la ciudadanía implícita en las relaciones sociales capitalistas es un atributo esencial de la democracia moderna. Por esa razón, la tendencia de la doctrina liberal a representar los desarrollos históricos que produjeron la ciudadanía formal como un simple reforzamiento de la libertad individual –la liberación del individuo de un estado arbitrario, así como de las restricciones de la tradición y de las jerarquías prescriptivas, de las represiones de la comunidad o las demandas de la virtud cívica–, es imperdonablemente unilateral”¹⁵.

“El hábito hace al monje” reza el refrán. Pero *el monasterio asegura su existencia*. En efecto, existe una experiencia social en las clases populares y grupos pobres de la sociedad que además de expresar las circunstancias verdaderas de insatisfacción de necesidades reales conforme a los patrones mínimos de vida capitalista, constituyen un *sentido subjetivo* de desenvolvimiento en dicha condición. La experiencia sola no alcanza al momento de explicar la reproducción “desde abajo” de la pobreza al estilo “poverty culture”, si ella no es incorporada dialécticamente como un *sensus experientiae*, una “instancia ideológico-cultural (las formas simbólicas de producción y reproducción del *consenso*) que hacen que los sujetos ‘acepten’ las normas de funcionamiento del sistema por la instancia ‘subjetiva’ (las formas en que los sujetos se *representan interiormente* su posición en el mundo), representación sin la cual no podría haber consenso y aceptación, pero tampoco resistencia y lucha de clases”¹⁶. Pero esta experiencia no es fortuita. Requiere reproducirse *in corpore* como tal, en el proceso de legitimación de las instituciones capitalistas de poder, que representan el mismo papel que la comunidad religiosa para los sacerdotes, en su reproducción como *ministros de fe*.

14 Ortiz Sandoval, Luis; Inequidad y pobreza en Paraguay. Contradicciones sociales desde una perspectiva histórica, Memorias del Primer Congreso Paraguayo de Población, ADEPO-FNUAP, enero de 2004.

15 Meiksins Wood, Op. cit., Cap. 7, pág. 4.

16 Gruner, Op. cit.

Se trata de una producción de la conciencia que cristaliza en el inconsciente la condición de pobreza como un *estatus*. Este mecanismo tiene tanta eficacia que los sujetos realizan una correcta relación en su conciencia entre sus condiciones objetivas y sus necesidades, pero renuncian a transformar aquellas condiciones cuando creen –ideología mediante– que sus condiciones objetivas se contraponen a sus posibilidades de transformación. La lucha existe y es palpada por los sujetos. En efecto, la lucha por la supervivencia es la más palmaria de las realidades que les toca vivir, pero la ironía de ver esa lucha transformada en “competencia económica” despolitiza las potencialidades de los sujetos para el cambio de un orden en el que están excluidos.

El estado es el principal agente de esta despolitización, a través de la construcción del mercado (o de su contracción, de acuerdo al caso). Las condiciones sociales de producción de las necesidades y de los medios para satisfacerlas, se inscriben en un ordenamiento de carácter político que tiene la especificidad de una legitimidad basada en la violencia, o como diría Weber, el ejercicio de la violencia legítima. De hecho, como nos dijera Meiksins Wood, éste hace posible existir bajo forma de consenso una relación conflictiva, pues se requiere el consenso social allende la explotación y dominación capitalista para que el mercado aparezca como el espacio neutral en el que se disuelve la lucha. El estado, en tanto espacio político, constituye y refuerza un espacio *apolítico* por antonomasia y recurre a su medio específico: la violencia, tanto física, en la coacción, como simbólica, en la coerción. El mercado se conforma así como un espacio social en el que las relaciones sociales toman un cuerpo desprovisto de los problemas de la desigualdad social. Dice O'Connor,

“Ya que las ‘condiciones de producción’ no se producen como mercancías, debe haber algún agente que trata de convertir estas condiciones para que estén disponibles al capital en las cantidades y calidades requeridas, en el tiempo correcto y en el lugar correcto. Esta agencia es el Estado. Todas las actividades del Estado democrático liberal que no se ocupan del dinero o de las fuerzas armadas, pueden ser categorizadas bajo el encabezamiento de ‘regulación o producción de las condiciones de producción’. Existen ejemplos obvios: primero, el trabajo, la familia, la salud, la educación, el bienestar y su política; segundo, lo urbano, el transporte, las comunicaciones, el uso de la tierra y la política de zonificación; tercero, el agua, la tierra, la costa, el aire y los parques nacionales y sus políticas”¹⁷.

El principal problema que se halla tras la pobreza es, entonces, su *momento político*. Se habla de la importancia de la “participación ciudadana” para el cambio del orden de cosas, pero no se trata de las limitaciones objetivas, reales, que determinan la participación política de los agentes sociales en una estructura de poder que, a su vez, los relega a una única o por lo menos principal preocupación: la reproducción de la existencia física¹⁸. Esta circunstancia se hace crítica en formaciones sociales como Paraguay, donde el capitalismo se halla atrasado.

Conclusión

Vimos a la pobreza como un discurso que pretende provenir del campo *científico*, producto de la más heterogénea formulación de preno-

17 O'Connor, James; Op. cit.

18 “Que todos los hombres sean iguales ante la Ley puede ser un avance gigantesco frente a la desigualdad jurídica consagrada en los modos de producción premodernos, pero dentro de la lógica propia de la modernidad capitalista, es un enunciado profundamente ideológico que, ocultando las profundas desigualdades sociales, sexuales y culturales, producidas por la explotación inherente a la propia lógica de las relaciones de producción, produce la ilusión de una igualdad universal (sin que ello implique que no exista realmente un momento de verdad en el enunciado, ya que en términos “formales” hay igualdad) y así transforma en “hegemónico” un pensamiento que corresponde a los intereses de las clases dominantes. De donde Marx extrae una pregunta provocativa: ¿cómo puede la Ley ser igual para todos, si los sujetos son todos diferentes?”. Véase Gruner, Eduardo; Op. cit.

ciones de sentido común. Es también un producto histórico de las estructuras sociales capitalistas que produce en su seno una contradicción social que se refuerza al mostrarse desvinculada de su proceso de producción. En los hechos que produce, refuerza la ideología que la justifica.

La puja por las definiciones conceptuales se inscriben en el proceso social, conformando lo que se denominan los campos de relaciones de fuerza. Esta puja es intelectual pero sólo como corolario del conflicto social, de las luchas sociales que diferentes agrupaciones de sujetos entablan en estructuras capitalistas. Sabemos que el capitalismo se reacondiciona a los diferentes con-

textos críticos, como requisito de su reproducción. Así, la pobreza en el proceso social es una contradicción capitalista que evoca ese contexto crítico, al mismo tiempo que es un efectivo dispositivo de ocultamiento. Construyen pobreza quienes *pueden* imponer a grupos de población la miseria y la exclusión social para después *naturalizarla*, pero también la construyen –como reproducción social– quienes en condiciones de exclusión incorporan la imposición *naturalizada* y actúan en consecuencia¹⁹. De lo que se trata es de revertir la “naturaleza” en orden social: ir más allá de las *cosas del estado* para transformar el *estado de cosas*.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre; *Las estructuras sociales de la economía*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2000.
- Feres, Juan Carlos y Mancero, Xavier; *Enfoques para la medición de la Pobreza. Breve revisión de la literatura*, CEPAL, Santiago, 2000.
- Gruner, Eduardo; *Marxismo, cultura y poder*, Clase XVI, Curso de teoría marxista, CLACSO, 2003.
- Hobsbawm, Eric; *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979, Pág. 85.
- Meiksins Wood, Ellen; *Capitalismo y democracia*, Siglo XXI, México, 2000
- Meliá, Bartomeu; *Poriahu: Pobres y empobrecidos en el Paraguay. Una visión antropológico-cultural*, en Memorias del seminario “La pobreza en Paraguay. Causas y solución”, Asunción, marzo-abril 2004.
- O’Connor, James; *La segunda contradicción del capitalismo. Sus causas y consecuencias*, en *El Cielo por Asalto*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 1991, Año I. Nº 2. Otoño. Págs. 119-135.
- Ortiz, Arístides; *Tiempos violentos. Ensayo de interpretación*, CEPAG, Asunción, 2004.
- Ortiz Sandoval, Luis; *Contribución a una genealogía de la reproducción social. Acerca de la socialización de los Mbya guaraní*, Inédito, Asunción, 2003.
- Ortiz Sandoval, Luis; *Inequidad y pobreza en Paraguay. Contradicciones sociales desde una perspectiva histórica*, Memoria del Primer Congreso Paraguayo de Población, ADEPO-FNUAP, enero de 2004.

19 “Es una operación lógica más compleja, que pasa por reponer la relación conflictiva entre la parte y el todo, entre el particular concreto y el universal abstracto, entre la singularidad y el efecto de equivalente general, y, en definitiva, entre la naturaleza y la historia (puesto que el objetivo último de la ideología es “naturalizar” lo que es el producto de un proceso histórico, y no una “ley de la naturaleza” (...)).” Ver Gruner, Eduardo; Op. cit.